

El encuentro se hace cultura

Don Giussani. Crear huellas en la historia del mundo Capítulo III

4. Misión y Ecumenismo. La cultura nueva

El Pueblo nuevo, constituido por los elegidos mediante el Bautismo, participa, como hemos dicho, en la misión de Cristo, a fin de que venga el Reino de Dios y que se haga Su voluntad. Al pertenecer nuestra nueva naturaleza a la misión de Cristo cambia la autoconciencia de nuestra persona, de tal manera que el principio de la acción ya no es el yo, sino un Tú. Vivir para Otro expresa la génesis de una cultura nueva: no vivir ya para nosotros mismos, sino para Aquel que ha muerto y resucitado por nosotros¹. Esta conciencia nueva somete a su juicio todas las relaciones de la vida y nos vuelve capaces de amar cada brizna de verdad que haya en cualquiera, con una actitud positiva y crítica que el mundo desconoce.

También nosotros somos "enviados" por el Padre

También nosotros los cristianos estamos llamados a ser, como Jesús, enviados del Padre. «Como el padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros»² A nosotros nos resulta más neta la idea del dónde, del origen misterioso de esa tarea, puesto que nadie puede decir como nosotros: «Abba, Padre»³. Y también se nos ha vuelto más clara la finalidad, el objetivo de este designio total que es la gloria de Cristo en el mundo. Venga tu reino, hágase tu voluntad»⁴. Su Reino es la gloria de Cristo en el mundo, para lo cual «ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te dé gloria a Ti»⁵

Pero todavía es para nosotros más profundo, más enigmático y al mismo tiempo más atrayente el corazón del Misterio como definición de nuestra persona. El Misterio no es solamente el origen y el fin último, sino que afecta también a la ontología, las estructuras portantes, las normas y los criterios que constituyen y sostienen a nuestra persona. ¿Qué es, pues, nuestra persona en este Misterio? ¿Qué quiere decir para nosotros este misterio de pertenencia a la misión de Cristo, de la que el Padre nos hace partícipes a fin de que su plan se realice? ¿Cómo define mi vida la participación en esta misión? ¿Cómo vivo el nexo con aquello que es, instante tras instante, mi nuevo origen?

Si hablamos de origen nuevo es porque éste no coincide con nuestro origen como criaturas, sino que se trata del origen del nuevo yo producido en el Bautismo, que nos hace participar de la persona y la misión de Cristo. Así, pues, ¿en qué se traduce la pasión por la gloria de Cristo como finalidad de cada suspiro nuestro?⁶ ¿cómo toma cuerpo esta vigilancia hoy? En efecto, puesto que se nos ha tomado en el Bautismo, somos una cosa distinta de lo que éramos y sentíamos antes; somos otra cosa, que viene del Padre y es para la gloria humana del Hijo⁷.

¹ Cf. Ga 2,20; Flp 1,21; Col 3,3-4; Rm 8,35-39.

² Jn 20,21; cf. Jn 17,18.

³ Ga 4,6; Rm 8,15.

⁴ Cf. Mt 6,10.

⁵ Jn 17,1.

⁶ Cf. *Racconti di un pellegrino russo*, Rusconi, Milán 1977 (trad. cast.: *Relatos de un peregrino ruso*, Sígueme, Salamanca 1989).

⁷ Cf. Flp 2,5-11.

Apremio por la memoria del amor de Cristo

San Pablo escribe a los cristianos de Corinto: «Nos apremia el amor de Cristo, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos»⁸. El apóstol define la misión, en sus términos sustanciales, como el apremio que nace de la memoria del amor de Cristo. ¡Esto es lo que «obliga a la misión» y no nos da tregua! Para el que es llamado y elegido por Dios mediante el bautismo, el oficio de la vida no es tanto ser padre o madre, abogado o profesor. En todo esto su oficio es ser profeta, porque la misión es ante todo profecía, lo que quiere decir hablar delante de todos, difundir el mensaje, el Evangelio, el anuncio bueno, difundir la Palabra.

La misión nace del apremio que produce en nosotros la consideración del amor que Cristo nos ha tenido. Es la pasión, el apremio por la gloria humana de Cristo, que coincide con la felicidad de los hombres, lo que hace que nazca la misión. Apremio quiere decir que uno ya no permanece indiferente. El apremio señala un cambio radical en el contenido de la autoconciencia. Es el paso a un contenido distinto de autoconciencia, donde en lugar del yo aparece un Tú: normalmente el principio de la acción es el yo, mientras que ahora el principio de la acción pasa a ser ese Tú. Para que se dé este paso es necesario que el amor, más que por todas las preocupaciones, los esfuerzos, las derrotas y los éxitos de los que saca naturalmente su motivación el hombre para seguir el valor de la vida, se vea definido por esa sencillez infantil que Jesús llama «pobreza de espíritu». Podría decirse también que el apremio del que habla Pablo es el drama del «olvido» de uno mismo, de una «anulación» de uno mismo para que se produzca una *metanoia* real que llegue a poner ese Tú como contenido de la autoconciencia en lugar del yo. Por eso el ideal que debemos perseguir es la sencillez con la que san Pedro -aunque estuviera sorprendido- respondió a Cristo: «Sí, Tú sabes que te amo». Fuera de este sí comienza el juego de nuestras pretensiones e ilusiones.

En san Pablo la acción surge de la conciencia de obedecer como método: en lugar del yo, el sujeto creador de la acción es un Tú. El yo se sacrifica por un Tú: «Vivo, pero no yo; es Cristo quien vive en mí»⁹. Es una actitud de amor fundamental, totalmente gratuito, que no hace cuentas, ni calcula, ni busca recibir algo en pago.

En la misión se cumple el ofrecimiento de uno mismo a Cristo, dentro de su Pueblo viviente que es la Iglesia. Esto ocurre allí donde Él nos ha puesto, es decir, en el lugar definido por la modalidad de un determinado carisma. Semejante ofrecimiento es lo que se llama obediencia. Para que los hombres no vivan ya para sí mismos, sino para Cristo, hace falta obedecer.

La obediencia traduce existencialmente el *summum ius*, el aspecto culminante del derecho que tiene Dios sobre nuestra vida. Y es también la virtud de la amistad con el Ser, el punto más alto de la comunión con el Misterio¹⁰. No hay palabra más dramática que ésta, pues la obediencia es el aspecto más dramático de la cuestión moral, por ser raíz de la alternativa que hay entre una visión del mundo y otra, entre una percepción de la conciencia del hombre en la que en última instancia la realidad es el Señor, y otra en la que

⁸ 2 Cor 5,14-15.

⁹ Cf. Ga 2,20

¹⁰ Cf. L. Giusani, ¿Se puede vivir así?, op. cit., pp. 112-117

el señor de la realidad es lo que piensa y siente el hombre. La vida del cristiano, en la medida en que demuestra esta obediencia, es lo que «da testimonio» del Señor.

La última parte de la frase paulina citada (“Para que los que viven, vivan para El que murió y resucitó por ellos”) indica una potencia cultural en la que se expresa por entero el acontecimiento cristiano: una cultura nueva, es decir, una visión nueva del mundo, un sentimiento nuevo del mundo, un obrar totalmente nuevo en el mundo.

“Vivir para” indica el movimiento de la cultura nueva.

Una cultura nueva

¿Qué es lo que caracteriza a la dinámica cultural del acontecimiento cristiano? La obediencia en vez de la afirmación de uno mismo, el vivir totalmente en la carne pero dentro de la fe en el Hijo de Dios¹¹, el hecho de que Uno es todos y que en Él todos somos uno. El hombre ya no vive para sí mismo, sino para un Tú. Es un hombre nuevo: “Tú eres mi yo”, yo soy Otro que está presente. Este hombre nuevo, aun viviendo en la carne, con todos los grados de la experiencia del hecho de ser hombre, vive en la fe del Hijo de Dios.

La cultura nueva indica el “para quién” del origen nuevo. El “para quién” ha cambiado completamente: ya no es para sí mismo, sino para Aquel que ha muerto y resucitado por ellos. El “para quién” indica el punto genético de la cultura nueva. El hombre nuevo vive para Aquel que murió, que fue ajusticiado, que fue vencido y que, al resucitar, demostró su victoria sobre la muerte¹². Vivir para Él es lo más sobrecogedor que pueda haber.

“Y para que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para El que ha muerto y resucitado por nosotros, has enviado, oh Padre, el Espíritu Santo, don primero a los creyentes, para llevar a perfección su obra en el mundo y realizar toda santificación”¹³.

La nueva cultura es una conciencia distinta de nosotros mismos y del camino común¹⁴, e implica también una nueva moral, de la que hemos hablado, ayudada por una nueva corrección, por un nuevo modo de compartir la tensión ideal y de perdonar la debilidad frente al ideal. Esta metanoia implica la experiencia de la gratuidad como suprema imitación de Cristo y la experiencia de la misericordia como comportamiento del Misterio ante el pecado del hombre. Efectivamente, el que no vive ya para sí, sino para el Tú de Dios deja de ser un yo egocéntrico, para ser un yo que afirma la gratuidad del Misterio creador, que pertenece en todo a la unidad que procede del Bautismo, unidad de sí mismo y unidad con los demás. La relación “yo-Tú” entre Cristo y yo es una relación que me mete a mí por entero dentro de Él, y, por consiguiente, mete dentro de mí a todos aquellos que forman parte de Cristo, como si fueran uno solo conmigo (eis, como dice san Pablo)¹⁵ Con el Bautismo dio comienzo una personalidad que, cuanto más conciencia toma de los demás seres humanos a los que Cristo ha llamado junto con ella, más se siente la misma cosa con todos ellos. (“¿No sabéis que sois miembros los unos de los otros?”)¹⁶. El amor a los demás se convierte en apremio apasionante por ellos, porque forman parte de Cristo y, por consiguiente, de mí. Y ésta es la nueva constelación que guía ese cielo que es la Santa Iglesia de Dios.

¹¹ Cf. Ga 2,20

¹² Cf. Hch 3,13-16.

¹³ Oración eucarística IV, en el *Misal Ambrosiano Festivo*, op. cit., p. 653.

¹⁴ Cf. Ef 4,20; 5,2.

¹⁵ Cf. Ga 3,27-28; Rm 10,12; 1 Cor 12,13; Col 3,11.

¹⁶ 1 Cor 12,12-27.

Así surge una comunión real que empieza y que se va extendiendo como sujeto entero de la sociedad, del mundo, de la historia del hombre, de todo el universo: la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

Esta unidad humana cuyo fundamento es Él, como gratuidad divina que se comunica a la criatura elegida, tiene dos características: es totalizadora y católica. Totalizadora en cuanto que la conciencia de esta compañía tiende a determinar todas las relaciones ("Esta querida alegría / sobre la cual toda virtud se funda, / ¿de dónde te viene?"¹⁷, se preguntaba Dante). Y católica en cuanto que es una compañía abierta a todo lo que nos sale al encuentro, que tiende, por tanto, a la totalidad de las cosas; es una compañía que tiende sin tregua hacia adelante para descubrir lo verdadero y afirmar el bien que hay en todo.

No os conforméis a la mentalidad de este mundo

Las características de la cultura nueva que producen quienes pertenecen a esta comunión en la historia están reflejadas de manera singular en la *Carta a los cristianos de Occidente* que escribió el mayor teólogo de Bohemia, Josef Zvěřina, en la que comenta el pasaje de Rm 12,1-2 (él, que por su fe conoció tanto la cárcel nazi como la stalinista):

«Hermanos, vosotros tenéis la presunción de que vais a ser útiles al Reino de Dios si asumís lo más posible el *saeculum*, su vida, sus palabras, sus *slogans*, su manera de pensar. Pero reflexionad, os lo ruego, en lo que significa aceptar este planteamiento. ¿No significa quizá que lentamente os habéis perdido en él? Por desgracia parece que es exactamente lo que estáis haciendo. Cada vez resulta más difícil descubrir y distinguir dentro de vuestro extraño mundo. Probablemente todavía os reconocamos porque en este proceso vais lentos, ya que os asimiláis al mundo, despacio o deprisa, pero siempre con retraso. Os agradecemos muchas cosas, es más, casi todo, pero en algo tenemos que diferenciarnos de vosotros.

Tenemos muchas razones para admiraros, y por eso podemos y debemos dirigirlos esta amonestación: "No os conforméis a este mundo, sino transformaos con la renovación de vuestra mente, para que sepáis distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto" (Rm 12,2).

¡No os conforméis! ¡Mé *syskematízesthe*! ¡Qué bien muestra esta palabra su raíz verbal perenne: ¡esquema! Para decirlo brevemente, todo esquema es vacío, todo modelo exterior.

Debemos aspirar a algo más; el apóstol nos lo impone: `¡cambiar nuestro modo de pensar en una forma nueva!', *metamorfouste té anakainósei toó noós*. ¡Cuán expresiva y plástica es la lengua griega de Pablo! Frente al *schéma*, o *morphé* -forma permanente- está la *metamorphé*, el cambio de la criatura. No se trata de un cambio conforme a un modelo cualquiera, que además casi siempre está fuera de moda, sino que supone una novedad plena con toda su riqueza (*anakainósei*). No cambia el vocabulario, sino su significado (*nous*).

Así, pues, no se trata de contestación, desacralización, secularización, porque esto es siempre poco frente a la *anakaínosis* cristiana. Reflexionad sobre estas palabras y os abandonará vuestra ingenua admiración por la revolución, el maoísmo y la violencia (de la que además no sois capaces).

¹⁷ Dante Alighieri, *Paraíso*, Canto XXIV, vv 89-91.

Vuestro entusiasmo crítico y profético ha dado ya buenos frutos, y nosotros, en esto, no os podemos condenar indiscriminadamente. Solamente nos damos cuenta, y os lo decimos sinceramente, de que tenemos en mayor estima la pregunta calmada y discriminante de Pablo: "Examinaos vosotros mismos para ver si os mantenéis en la fe, poneos vosotros mismos a prueba. ¿O no sabéis quizá ni siquiera que Jesucristo habita en vosotros?" (2 Cor 13,5).

No podemos imitar al mundo, precisamente porque tenemos que juzgarlo, no con orgullo ni superioridad, sino con amor, igual que el Padre ha amado al mundo (Jn 3,16) y por eso ha emitido su juicio sobre él.

No phroneín -pensar-, y en conclusión hyperphroneín -dar vueltas y vueltas-, sino sophroneín -pensar con sabiduría- (cfr. Rm 12,3). Ser sabios de tal modo que podamos discernir cuáles son los signos de la voluntad y del tiempo de Dios. No lo que son las consignas del momento, sino lo bueno, lo honesto, lo perfecto.

Os escribimos como gente inculta a vosotros que sois cultos, como débiles a vosotros, fuertes, como miserables a vosotros ¡que sois más miserables todavía! Esto es un poco necio porque ciertamente hay entre vosotros hombres y mujeres excelentes. Pero precisamente porque hay algunos es necesario escribir neciamente, como nos ha enseñado el apóstol

Pablo cuando retoma las palabras de Cristo, al decir que el Padre ha escondido esta sabiduría a los sabios y entendidos (Lc 10,21)»¹⁸.

La cultura es precisamente una manera de ver, de percibir, de juzgar, es decir, de valorar y decidir con respecto a todo. Es el establecimiento de un horizonte último desde el que arranca el acercamiento de la conciencia de nuestro yo a la realidad y que afecta a todas las cosas que ella encuentra en su camino. La cultura nueva es una visión del mundo -desde el yo hasta lo Eterno- que parte de un encuentro que se ha tenido, de un acontecimiento del que se participa, del zambullirse en una Presencia, no de algunos libros que se lean o de ideas que se escuchen. Este encuentro tiene un valor genético, porque representa el nacimiento de un sujeto nuevo que aparece en un lugar y en un momento determinados de la historia, cuya nueva personalidad se alimenta y crece por dicho encuentro, con una concepción única e imposible de reducir a cualquier otra, pues recibe de él un nous nuevo, un conocimiento distinto.

Cuando semejante Presencia entra en juego en todas las relaciones de la vida, cuando éstas están "colgadas" de ella, cuando dichas relaciones se salvan, se juzgan, se coordinan, se valoran y se usan a la luz de esa Presencia, se tiene una cultura nueva. Ésta nace, pues, de la postura que uno asume hacia esa Presencia excepcional y decisiva para la vida. Por eso dice san Pablo: "Este es vuestro culto espiritual"¹⁹, es vuestra cultura, es el punto de vista nuevo desde el que ver el mundo, la realidad entera. Cuando uno tiene una mirada de niño a esa Presencia, tanto si es pequeño como si es una persona madura (basta que sus ojos estén despojados de los "peros" y los "no sé" y estén llenos de la petición que alberga el corazón), entonces penetra en las relaciones, cercanas y lejanas, con una luz que nadie posee, excepto aquellos que tienen la misma postura ante Cristo, el Dios hecho Hombre, el Verbo hecho carne. "Tened en cuenta todo lo que es verdadero, todo lo

¹⁸ J. Zvérina, "Carta a los cristianos de Occidente", en *L'esperienza della Chiesa*, Jaca Book, Milán 1971, pp. 177-178.

¹⁹ Rm 12,1

bueno, lo justo, puro, digno de ser amado y alabado; todo ello que viene de la virtud y es digno de alabanza”²⁰

Zvérina, comentando el pasaje de la carta a los Romanos, subraya que “no conformarse” (mé syschematizesthe) significa literalmente “no asumir los esquemas del mundo”²¹, no asumir el punto de vista desde el que mira las cosas, las juzga y las valora el mundo. La mujer, el sexo, la bioética, la política, el arte...: se trata de no asumir el esquema que el mundo adopta frente a todo esta. El verbo “no conformarse” contiene, en griego, la raíz de la palabra “esquema”. Estamos rodeados de esquemas vacíos, de modelos exteriores. Pensemos en la televisión y en los periódicos que llenan la cabeza, los ojos y la imaginación de todos, de cualquiera que no se defiende de ellos. ¿Cuándo no resulta exterior un modo de tratar a las personas o las cosas? Cuando participa de la única realidad interior de la que están hechas la personas y las cosas: Cristo. ¿Cuándo no está vacío un esquema? Cuando pertenece al designio del Padre -que es Cristo-, es decir, a una cultura distinta. La cultura no es un esquema vacío cuando su punto inicial es algo que nos ha sucedido y de lo que no podemos separar la mirada: una realidad viviente única.

“Nosotros”, continúa Zvérina, “no podemos imitar al mundo, precisamente porque tenemos que juzgarlo”. No podemos imitarlo, y ciertamente no por orgullo y superioridad, sino por amor, así como el Padre amó al mundo y por eso pronunció su juicio sobre él: y por esto envió al mundo la palabra de Su verdad, que ha trastocado al mundo y lo trastocará hasta el fin²². Nosotros no podemos dejarnos desviar por los modelos exteriores y los esquemas vacíos que no nacen de aquello de lo que están hechas las cosas. Porque las cosas están hechas de Cristo y el único esquema del mundo es el designio del Padre que tiene un nombre: Cristo. El mal consiste en asumir los esquemas de otros que son extraños a nuestra nueva naturaleza.

Se trata de una cultura distinta, que se apoya en principios nuevos y desarrolla aplicaciones diferentes; por eso necesitamos estar atentos a no asumir los esquemas del mundo. Renovémonos continuamente con la novedad, penetremos cada vez más en ella y exaltemos lo nuevo que somos. Así tendremos la conciencia alegre, porque haremos lo que complace a Dios, lo bueno, lo justo y santo: “Hermanos: os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa y agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable”²³. Nuestra cultura, nuestro culto espiritual y razonable es el ofrecimiento.

Si reflexionamos sobre nuestra experiencia nos daremos cuenta, en cambio, de cómo, a menudo, tiende a prevalecer en ella un egocentrismo que decide por sí solo los factores que constituyen el Acontecimiento al que decimos pertenecer y que no nace de nosotros: en lugar de obedecer se impone la afirmación de lo que pensamos nosotros. Es una falta de mortificación de nuestro orgullo, es el pecado original que introduce, en la sencillez del origen, en la sencillez de la criatura, cuerpos extraños inducidos por algo distinto y que asumimos nosotros.

Se introduce algo externo al acontecimiento cristiano con la pretensión de que ello es esencial para la definición del acontecimiento mismo, hasta el punto de no reconocerlo si no está presente ese ingrediente extraño: “Si se introduce el liberalismo, el fascismo, el capitalismo o el nacionalismo, etcétera, entonces acepto ser cristiano; de otro modo no”.

²⁰ Cf. Flp 4,8

²¹ Cf. Rm 12,2

²² Cf. Jn 3,17

²³ Rm 12,1

Al hacer esto se aceptan cláusulas externas que se añaden a un Hecho irreductiblemente original, el cual requiere, en cambio, únicamente, para poder realizarse, la libertad de adherirse a él en su totalidad. Se acepta a Dios con la condición de que concuerde con el ideal cultural dominante, bien sea el humanista, el renacentista o el racionalista.

Hoy, en particular, se pretende identificar el tejido del Hecho cristiano no tanto con el Acontecimiento de una Presencia, sino con algo que solamente se afirmará al final de los tiempos: es el escatologismo. Podríamos definirlo como una manía de exaltar la venida final de Cristo, de tal modo que Él no tendría ya que ver con el hic et nunc, con el aquí y ahora (de manera análoga a la manía de exaltar la razón como medida de la realidad, que termina por negar cualquier consistencia última a la realidad misma). El esfuerzo del hombre, después del pecado original, consistiría en hacer que Dios deje de tener que ver con el hic et nunc, remitiendo su acción a su venida final.

El escatologismo distrae, por tanto, de la responsabilidad histórica. Pero ¿cómo se podría entonces demostrar que la fe es razonable, dado que su razonabilidad consiste precisamente en la capacidad de corresponder a las expectativas del corazón del hombre y a sus necesidades? No se puede. Por eso el escatologismo no puede dejar de identificarse con el puro fideísmo.

Por el contrario, para quien pertenece al Acontecimiento de Cristo, es decir, para el bautizado, la fórmula suprema de su desarrollo es el hic et nunc definido por las circunstancias de espacio y de tiempo: en su evolución, la pertenencia a ese Acontecimiento funciona como un palo que sostiene la tienda del hombre que camina por el desierto dentro de la historia.

Mediante dicha pertenencia la tienda se convierte en morada, templo, lugar donde Dios se muestra continuamente misericordioso y el hombre se redescubre continuamente en el “,sí” de Simón.

Ecumenismo

Esta concepción nueva y totalizadora de la realidad se ha desarrollado desde los primeros siglos cristianos dentro de la experiencia de la Iglesia, percibida como oikumene. La misma Iglesia era designada como oikumene (Catholica) o como eirene (paz). La oikumene era la visión del Reino de Cristo que abarca a todo el mundo, todos los tiempos y todos los espacios. Con la palabra oikumene se establecía el sujeto humano, social y cultural capaz de abrazar el universo entero.

Con la palabra cultura hemos definido la forma profunda en que surge del corazón del hombre la imagen global de sus relaciones consigo mismo, con las personas y con las cosas. Pero esa imagen no puede brotar solamente de la enigmática profundidad de la experiencia elemental, con el cuadro rico, aunque descompuesto y tan difícilmente descifrable, de sus necesidades, sus intereses y sus exigencias originales: un carácter enigmático que siempre inquieta al hombre²⁴. Y esa inquietud se revela en el extravío de la mentalidad moderna, incapaz de superar la división y las contradicciones que son el resultado inevitable de una concepción cultural en la que el punto de partida es siempre el subrayado enfático de un aspecto particular que se exalta como tal idolatrándolo. De aquí surgen inevitablemente también la mentira y la violencia.

²⁴ Cf. L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., pp. 92s.

El término cristiano que expresa bien la originalidad y el desarrollo de su cultura con la totalidad de sus factores es "ecumenismo"²⁵, entendido en su derivación etimológica original de la palabra oikumene. Con él se quiere indicar que la mirada cristiana vibra por un impulso que le permite exaltar todo el bien que hay en todo aquello con lo que se encuentra, en la medida en que le hace reconocer que forma parte de ese designio cuya realización será completa en la eternidad y que nos ha sido revelado con Cristo.

El ecumenismo parte del acontecimiento de Cristo, que es el advenimiento de la verdad de todo lo que existe, de todo el tiempo y el espacio, de la historia. Es el acontecer de la verdad en el mundo: el Verbo se ha hecho carne, la verdad se ha vuelto presencia humana dentro de la historia y permanece en el presente. Esta Presencia penetra y abarca - tiende a hacerlo-toda la realidad. Cuando se tiene conciencia clara de la verdad suprema que es el rostro de Cristo, al mirar todo aquello con lo que nos encontramos se revela algo bueno. El ecumenismo no es, entonces, una tolerancia genérica que deja al otro todavía como un extraño, sino que es un amor a la verdad que está presente, aunque fuera un solo fragmento, en quienquiera que sea.

Cada vez que el cristiano conoce una nueva realidad la aborda positivamente, porque en ella hay siempre algún reflejo de Cristo, algún reflejo de verdad.

Nada queda excluido de este abrazo positivo. Semejante universalidad es el resultado de la dimensión misionera que está implicada en la elección que hace Dios del bautizado y en el destino para que lo elige. La tarea del bautizado es la misión universal que Dios le comunica de participar en la gran misión de Cristo. Por eso, cuanto más dedicado a ella esté, más fuertemente tiende a descubrir el bien que queda en cualquier cosa, cualquier brizna o reflejo de verdad que haya en ella. Puesto que yo formo parte de la realidad de Cristo, miro las montañas, la mañana y la noche, toda la realidad, buscando ante todo en cada cosa que veo su raíz última. Y la persuasión de que la verdad está en mí, que está conmigo, me vuelve extremadamente positivo frente a todo: no equívoco, sino positivo. Si hay una milésima de verdad en algo, la afirmo. Nace así una aproximación "crítica" a la realidad conforme a lo que dice san Pablo: "pánta dokimázete, tó kalón katéchetē"²⁶, "valoradlo todo y quedaos con lo que vale", la belleza, la verdad, lo que corresponde al criterio original de nuestro corazón.

El acontecimiento de Cristo es la verdadera fuente de la actitud crítica, ya que ésta no significa descubrir los límites de las cosas, sino captar su valor. A propósito de esto hay un episodio que se atribuye a Cristo en un agraphon, según el cual, una vez que Jesús atravesaba el campo, vio el esqueleto seco de un perro. San Pedro, que iba por delante, le dijo: "Maestro, apártate"; pero Jesús, al contrario, siguió adelante y parándose a un paso del perro exclamó: "¡Qué dientes más blancos!"²⁷. Era lo único bueno que quedaba en aquel cuerpo putrefacto. Los límites, aplastantes, saltan a los ojos de todos; el valor verdadero de las cosas, por el contrario, lo encuentran solamente quienes tienen la percepción del ser y del bien, los que hacen que emerja y que se ame el ser de todo, sin olvidar, cortar, borrar o negar nada, porque la crítica no es hostilidad hacia las cosas, sino amor a ellas. Por eso, no se puede ser verdaderamente críticos si no estamos pacificados por ese amor que nos posee y que poseemos. Sólo si estamos poseídos enteramente por el amor, sólo reconociéndonos pertenecientes al amor

²⁵ Cf. L. Giussani, "Se non fossi tuo, mio Cristo, mi sentirei criatura finita, La Thuile, 17 de agosto de 1997, supl. de "Litterae Communionis - Tracce", n. 8, septiembre 1997, pp. 31s. (trad. cast.: Si no fuera tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita, supl. de "Huellas, n. 8, Madrid, septiembre 1997, pp.31ss.)

²⁶ 1ts 5,21

²⁷ Cf. R. Dunkerley (ed.), *The Unwritten Gospel. Ana and Agrapha of Jesus*, Allen and Unwin, Londres 1925, p. 84.

de Cristo "desbordante de paz"²⁸, seremos como niños que son capaces de entrar en la oscuridad del bosque sin miedo.

Lo que crea la cultura nueva y da origen a la verdadera crítica es el acontecimiento de Cristo. La valoración del poco o mucho bien que hay en todas las cosas compromete a crear una nueva civilización, a amar una construcción nueva: así es como nace una cultura nueva, que es nexo entre todas las briznas de bien que se encuentran, tendiendo a hacer que valgan y que se pongan en práctica. Se subraya lo positivo aun dentro de sus límites, y se abandona todo lo demás a la misericordia del Padre. "El Señor no tarda en cumplir su promesa, como creen algunos. Lo que ocurre es que tiene mucha paciencia con nosotros porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se conviertan"²⁹. No es que Dios tarde en venir; espera para que, con Su paciencia, cada uno pueda dar fruto para su alma. El mundo fue conquistado para el cristianismo, en última instancia, por esta palabra que lo resume todo: "misericordia". La capacidad de misericordia se expresa en la sensibilidad que se tiene hacia el bien, en la certeza de que el bien vence con la fuerza de Cristo: "Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza"³⁰, "Todo lo puedo en Aquel que me conforta"³¹.

Hay, pues, una única fuente para tener una mirada positiva hacia todo. En cambio, el que sigue apegado a una identificación parcial, a "su" verdad, solamente puede estar frente a todo defendiendo lo que él dice, a menos que sea completamente escéptico o nihilista. Con frecuencia, quienes guían a los pueblos y tienen responsabilidades diversas, si tienen buen sentido favorecen cierto "ecumenismo", porque tienen miedo de la guerra y de la violencia que nacen inevitablemente cuando uno se afirma solamente a sí mismo. Y así parece que el reunirse intentando respetar cada uno el rostro del otro puede representar la realización de la *eirene*. Pero esto no es paz, es un equívoco. En efecto, resulta ser -en el mejor de los casos- tolerancia, es decir, en su raíz, indiferencia. Tal como se proclama ahora corrientemente, el término "ecumenismo" parece indicar la mejor expresión de la buena voluntad que tiene el que es bueno de corazón y está al mando de la gente, ya se trate de líderes religiosos o políticos. Este "ecumenismo", entendido como confraternización de las diversas tentativas filantrópicas que hay para construir el mundo, aparece actualmente como el enemigo principal de la identidad cristiana. Efectivamente, en el mejor de los casos es un intento de tolerancia donde cada uno está atento a sus intereses y toma de los demás lo que le conviene. Pero, si no se secundan más que los propios intereses particulares, se termina por mirar a los demás como enemigos potenciales de los cuales defenderse: y frente a lo que más interesa, se deja de hecho de ser tolerantes.

Por el contrario, el ecumenismo católico está abierto hacia todos y hacia todo, hasta los últimos matices, está dispuesto a exaltar con toda la generosidad posible incluso lo que tenga siquiera una lejana afinidad con lo verdadero. Pero es intransigente con los posibles equívocos. Si uno ha descubierto la verdad real, Cristo, avanza tranquilo en todo tipo de relación, seguro de que va a encontrar en cualquiera una parte de sí mismo.

El verdadero ecumenismo descubre siempre cosas nuevas, de modo que nunca hay una total repetición. Uno se ve arrastrado por el estupor totalizador que produce la belleza. De ella nacen continuamente imágenes de posibilidades insospechadas para reparar las casas destruidas y construir otras nuevas³². Esta apertura hace que nos encontremos en

²⁸ "¿Quién podrá hablar del amor al hombre propio de Cristo desbordante de paz?" (Dionisio el Areopagita, De divinis Nominibus 953 A 10).

²⁹ 2P 3,9

³⁰ Sal 18 (17), 2

³¹ Flp 4,13

³² Cf. Is 58,2

nuestra propia casa junto a cualquiera que conserve una brizna de verdad, que nos encontremos a gusto en todas partes. Es el concepto de catolicidad, ya no entendido geográficamente (tal como lo ha sido a partir del siglo XVI), sino definido ontológicamente por la verdad.

Dice la Imitación de Cristo: "Ex uno Verbo omnia et unum loquuntur omnia, et hoc est Principium quod et loquitur nobis »³³ ("De una sola Palabra todo, y una sola Palabra proclama todo. Y esta Palabra es el Principio que habla dentro de nosotros"). No es posible encontrar otra cultura que defina con un abrazo tan unitario, tan potente y sin residuos, cualquier cosa. Jacopone da Todi decía en el siglo XIII que todo sucede para que podamos ir todos juntos al "reino celeste" donde se cumple toda fiesta / por la que el corazón ha suspirado³⁴. Y, de nuevo, en el verso más bello de la literatura italiana: "Amor, Amor, todas las cosas proclaman"³⁵. Debe entenderse la palabra Amor en su sentido último, es decir, como sinónimo de Cristo, del Dios que se ha inclinado sobre nosotros y nos ha abrazado. Todas las cosas juntas proclaman la verdad. Todas las cosas: las florecillas del campo, las hojas del árbol, la pinocha de todos los pinos de la tierra (¿¡Qué hará Dios para contarlos todos!?).

³³ Cf. La imitación de Cristo, Libro Primero, 3,8

³⁴ Jacopone da Todi "Cántico de navidad de Jesucristo", Lauda LXIX, en Le Laude, Librería Editrice, Florencia 1989, p.218

³⁵ Jacopone da Todi, "Cómo se lamenra el alma con Dios de la caridad superardiente infundida en ella", Lauda XC, en Le Laude, op. cit. P. 318